

## CAPÍTULO II

IMPERIO DE ORIENTE Y DE PERSIA

## DESDE TEODOSIO II Á JUSTINO (1).

Aunque muchas de las causas que produjeron la ruina del imperio de Occidente, eran comunes al de Oriente, hubo otras que prolongaron su agonía. No existía allí el despotismo militar como en Roma, sino un gobierno regular en la apariencia. Constituido como estaba sobre leyes emanadas de una autoridad reconocida y afianzada por el trascurso de muchos siglos y por nombres ilustres, podía á lo menos disimular la tiranía. Menudeaban los trastornos, pero no eran obra del pueblo ni de los ejércitos, capaces en tal caso de alterar los fundamentos ó la forma del gobierno; eran, sí, intrigas de palacio: y hasta cuando un general se apoderaba del trono á mano armada, creía necesario el asentimiento de la metrópoli, el de los cortesanos y patriarca. Sacábanse los ojos al príncipe caído, á sus hijos y á sus deudos, encerrándolos en un claustro, ó bien eran asesinados: pero al día siguiente tornaba á funcionar la máquina de nuevo, sin más cambio que el de la persona en cuyo nom-

(1) Fuentes. JUAN MALALA, *Hist. chronic.*  
TEOFANES, *Chronographia.*  
NICEFORO CONSTANTINOPOLITANO, *Chronographia compendiaría.*  
PRISCO Y MALCO, *Excerpt. de legationibus.*  
ZONARA, *Anales*: todos en la colección de los Bizantinos.  
Además:  
MARCELINO, *Chronicon.*  
SOZOMENES, EVAGRIO Y SÓCRATES, *Hist. eccles.*  
CONSTANTINO PORFIROGÉNITO. — *De ceremoniis Aulae byzantinae.* Leipzig, 1751-54.  
MOISÉS DE COREN, *Historia de Armenia.*  
DU FRESNE DU CANGE. — *Historia byzantina.* Paris, 1680  
2 tomos en folio.  
LE BEAU. — *Hist. del Bajo Imperio.* Idem, 1834, 8 tomos con notas de Saint-Martin y Brosset.  
DE TILLEMONT. — *Hist. de los emperadores.* Idem, 1839.

bre funcionaba el día antes, y sin que el pueblo pensara en oponerse á lo que había pasado, ni en aprovecharse de ello para obtener alguna franquicia.

Había perdido el espíritu griego aquella lozania que hace que la erudición no se convierta en un simple juego de memoria, si bien había conservado el agudo sofisma: cada año producía un nueva herejía, azote de la Iglesia y del buen sentido. Los emperadores, que temían ver al cristianismo libre y á la ciencia fuerte, no dejaban de tomar parte en las discusiones ejerciendo un poder arbitrario en la conciencia de sus súbditos, deponiendo y revocando á su antojo á obispos y patriarcas.

Allí permanecía, pues, el clero sometido, ocupado en defenderse, no en tentar innovaciones. á la par que en Occidente levantaba un trono al lado del de los césares, trono que debía hacer caer el suyo. Así, pues, cuanto más reprimida se hallaba la influencia civilizadora del cristianismo en Oriente, tanto más despótica era la monarquía, que no estaba limitada por un poder independiente.

Allí no había un senado que se acordara de su antiguo poderío, ni una gerarquía de magistrados, cuyo nombre é insignias recordaran derechos perdidos y todavía no olvidados, ni instituciones municipales que permitieran organizar una resistencia, en el caso de quererlo. Así, á la par que el Occidente había sido teatro de cien guerras civiles entre usurpadores siempre nuevos, que lo desangraron y prepararon su ruina, disfrutó el Oriente del reposo del despotismo, último y miserable refugio de las naciones corrompidas.

Si la mano de aquellos déspotas pesaba sobre las cabezas elevadas, en cambio se resentía de ello poco el pueblo, en atención á que una legislación regular ponía freno á los abusos de la justicia, la cual es aun más necesaria al vulgo que la liber-

tad. Repartidos igualmente los impuestos en todos los grados de la escala social hacían ingresar mucho en el tesoro imperial sin esquilmar escesivamente á los particulares.

Todo depende de la capital en gobiernos de esta especie, y Constantino había colocado la suya en situación tan admirable, que tenía que temer poco los ataques de un enemigo, especialmente los de los bárbaros, inhábiles en el arte de los asedios. La inespugnable Merden en el monte Masio, Dara enfrente de Nisibe, Teodosiópolis cerca de las fuentes del Éufrates, Amida en el paso del Tigris, oponían el arte de las fortificaciones á los persas invasores; las fortalezas de Siria y Palestina contenían á los inquietos sarracenos; y la muralla de diez y ocho lenguas que mandó construir Anastasio desde la Propóntide hasta el Euxino, debía proteger á Constantinopla; después Justiniano cubrió con ochenta fuertes las orillas del Danubio. Los persas, con quienes tuvieron que luchar los sucesores de Arcadio, no formaban más que un solo imperio, ni tenían de consiguiente más que un ejército, un pensamiento común, lo cual contribuía al triunfo de la disciplina de los griegos. Añádase que estos podían escitar contra sus adversarios á los árabes, á los iberos, á los armenios, interesados en estorbar el engrandecimiento escésivo de la Persia; podían armar contra ellos á los germanos, al mismo tiempo que sacaban del Asia tropas para combatir á estos últimos en las orillas del Danubio, único punto donde se hallaban en contacto con el imperio griego.

Además conviene atribuir gran parte á aquella reunión de causas oscuras ó mínimas á que damos el nombre de acaso por no ser acusados de ignorancia; más una fuerza, cuyo poder confesaban los bárbaros, aunque no conocían el motivo, les empujaba hácia el Occidente, sobre Roma. Si en vez de trasponer Atila los Alpes, hubiera dirigido sobre la Tracia el torrente de los hunos, quizá Roma hubiera sobrevivido á Constantinopla y el triunfo del Occidente se hubiera anticipado algunos siglos.

Subsiste, pues, el imperio de Occidente, si bien con mezquina vida, y los ímpetus con que levanta á veces la cabeza se asemejan á los esfuerzos de un enfermo que le dejan cada vez más débil. El *santo emperador* (2) ejercía un poder absoluto: aunque el cristianismo había sido adoptado en todas las formas exteriores de aquella sociedad, el fondo quedaba no menos pagano con la servidumbre y la tiranía antigua. Entre tales extremos cada cual se abrogaba la mayor porción posible de arbitrariedad, resintiéndose ó no el interés común de ello. Intrigas de mujeres celosas ó ávidas de dominación, astucia de eunucos, la ambición de los ministros, la impaciencia de los herederos del trono, la rivalidad de los sacerdotes, dirigen á la sazón la política bizantina, la cual dista mucho de estensas

miras y de grandiosos sistemas. Encadenados los emperadores entre aquellos y un inolvidable ceremonial, se hacen monarcas asiáticos, sumidos en el lujo, en la inercia y en aquella imbecilidad de espíritu que atribuye importancia á cosas frívolas. Pusilánimes y supersticiosos se dedican á una grave devoción, á prácticas más propias de monjes que de príncipes, y descuidan los negocios, pidiendo perdón á Dios de ocuparse de ellos siempre que están obligados á hacerlo. Este espíritu, tan poco evangélico, les empuja á querer estender su autoridad sobre objetos independientes del cetro y de la espada; á mezclarse en discusiones teológicas, favoreciendo tal ó cual opinión; á perseguir alternativamente á los falsos y á los verdaderos creyentes; á fomentar el instinto vertiginoso de la disputa y de la herejía (3). Al mismo tiempo el capricho de la corte decide de la elección y del cambio de los gobernadores en las provincias, que apenas sienten el freno ni la protección de aquella administración tan débil como pomposa.

A ejemplo de la corte se empeoraba el pueblo: ya no mostraba voluntad sino para emprender continuamente discusiones apenas accesibles á los más consumados doctores en teología, y no se apasionaba más que por los espectáculos. Distinguiéronse al principio los que conducían en las carreras del circo los carros de cada liza por los colores blanco y encarnado; añadiéronse despues el verde y el azul turquí. El entusiasmo que manifestaba la multitud ya por unos ya por otros, degeneró pronto en verdaderas facciones; cuyos fundamentos eran presagios de todo género, hasta el estremo de ver en los colores el símbolo de las estaciones y aun de los elementos, y de leer una revelación del porvenir en el triunfo del uno ó del otro. Asociáronse á los colores del circo las cuestiones políticas y religiosas; y se llegó al estremo de que los nombres de *verde y azul, prasino y veneto*, designaran verdaderos partidos civiles y en que intervenía el favor del soberano y frecuentemente la brutalidad de la

(3) «Poseidos del demonio del orgullo y del de la disputa no dejan nunca tregua al buen sentido: cada día nacen nuevas sutilezas. Mezclan á todos los dogmas no se que metafísica temeraria que sofoea la sencillez evangélica. Queriendo ser á la vez filósofos y cristianos no son lo uno ni lo otro. Mezclan al Evangelio el espiritualismo de los platónicos y los sueños del Oriente, y armados con una dialéctica insensata, quieren dividir lo indivisible, penetrar lo impenetrable: no saben suponer la vaguedad divina de ciertas espresiones que una docta humildad toma tales como son y hasta evita circunscribirla, por miedo de hacer nacer la idea de *dentro* y de *fuera*. En vez de creer se disputa: en vez de orar se argumenta. Cubrense los caminos de obispos que corren al concilio; apenas bastan para ellos las postas del imperio, toda la Grecia es una especie de Peloponeso teológico, donde átomos se batan por átomos: merced á estos incomprensibles sofistas la historia eclesiástica se hace un libro peligroso: á la vista de tanta locura, de tanta ridiculez y de tal furor, la fé vacila.» DE MAISTRE, *Del papa*, IV, 10.

(2) Ἅγιος Βασιλεὺς ὁ ἢ αυτοκράτωρ.

multitud y propagándose por todo el imperio de Oriente contribuyeron á su ruina.

El vulgo que esponia su vida por estas locuras rehusaba hacerlo por la salvacion de la patria; hallándose desarmado y extraño á todo ejercicio guerrero, así en la capital como en las provincias no sabia ni siquiera proteger su propio territorio, ni las estensas murallas del Quersoneso tracio, de las Termópilas y del istmo de Corinto, á cuya sombra ocultaba su espanto.

Preciso era, pues, alistar mercenarios, mandados por capitanes bárbaros; habiéndose introducido la ambición por los grados y las dignidades así en los ejércitos como en la gerarquía civil, de manera que para un reducido número de tropas existía una multitud de generales, siendo estos en su mayor parte tan ignorantes respecto de la táctica militar como hábiles para intrigar y embarazar á los hombres de guerra. No obstante, la disciplina, antiguo honor de Roma, podia aun conducir á buen término algunas expediciones: siendo esto tanto más extraño, cuanto que en aquel decadente país, ciento cincuenta mil hombres, armados regularmente, estaban dispersados en gran número de guarniciones, y combatían en diferentes puntos sin estar sostenidos por aquel valor ardiente que escita en los pueblos el sentimiento y el ejercicio de sus derechos.

Por lo tanto, en vez de aquella vida exuberante que engendraban en los nuevos Estados de Europa la lucha y el tumulto, en quienes avanzaba poco á poco la idea del bien, no obstante los obstáculos de la barbarie, se nos muestra el espectáculo de un imperio tan vasto como rico, en el que las artes son llevadas á su mayor perfeccion, muriendo en el mismo seno de la civilizacion. Regido segun un método de gobierno antiguo y complicado, el lujo carece allí de gusto, la pompa de grandeza, la prodigalidad no tiene objeto, ni el despotismo energía; asociase el fausto asiático á las charlatanerías y pretensiones querrellosas de la envilecida Grecia, los delitos de la barbarie y no su vigor, el celo religioso y no su docilidad razonada, los vicios de la civilizacion y no su orden, una generosidad que no era virtud. No existían siquiera en Oriente aquellas pasiones violentas pero generosas, que denotan una nacion aun llena de vida, y sí la voluptuosa negligencia mezclada de ambicion que se inclina indolente bajo el yugo, y no sabe servirse ni del brazo para defenderse ni del talento para perfeccionarse. Esta es la causa por lo que este imperio sobreviviria mil años, no dejando en pos de sí ni un descubrimiento (4), ni una obra de imaginación ni una doctrina fecunda ni tampoco un experimento provechoso. Mahoma habrá ya abierto brecha en las murallas de la segunda Roma, y aun permanecerán aquellos disculos discutiendo acerca de sí

(4) Hasta el del fuego griego pereció con él.

la luz que apareció en el Tabor es creada é in-creada.

**Marciano.**—A Teodosio II, anacoreta coronado, bajo cuyo nombre habia reinado su mujer Atenaida y Pulqueria su hermana, sucedió Marciano (450), quien no obtuvo otro titulo que el de esposo de la emperatriz, acabando en Pulqueria la descendencia del gran Teodosio en Oriente. A la muerte de Marciano, Aspar, bárbaro de origen y general del ejército, coloca en el trono al tracio Leon, hombre desprovisto de toda clase de mérito. Creyó hacer de él un instrumento, pero se engañó. Opúsole el nuevo emperador á Basilisco, hermano de su mujer Verina y al isaurio Tarascaliseo. Dió en matrimonio á este último, haciéndole tomar el nombre más griego de Zenon, su hija Ariadna; llegando al estremo de hacer peligrar el Estado por interés de su yerno, y de mandar quitar la vida á Aspar (471), que sabia defender el imperio y podia perturbarlo. Envió asimismo, de acuerdo con Autemio, emperador de Occidente, una flota contra los vándalos establecidos en Africa; pero esta expedicion fué desgraciada.

**Zenon.**—Había Leon designado para sucederle (474) á un niño del mismo nombre, quien se asoció á Zenon su padre. Sumiso y reconocido á este, en apariencia, quizá esperó apenas diez meses para apresurar la muerte de su colega, con el fin de reinar solo. Indignada de su crimen la emperatriz Verina, al mismo tiempo que de verse contrariada en sus amores, induce á la rebelion á su hermano Basilisco: sublévase la ciudad; huye Zenon cobardemente, y el servil senado se apresura á rendir sus homenajes á Basilisco (475). Pero al paso que se hace odioso por su avaricia y por el favor que concede á los eutiquianos, prepara Zenon su vuelta. La guardia de los isaurios, que comenzaba á desempeñar en Constantinopla el papel de los pretorianos de Roma, se declaró en favor suyo; y gracias á los socorros de los valamiro, ó sea de los ostrogodos de Teodorico y á intrigas de mujeres, temblando recobró de nuevo un trono (477) que habia abandonado temblando. Refugiado Basilisco y su familia en la iglesia mayor de Constantinopla, depone la diadema sobre el altar; pero no bien abandona su asilo, por la promesa de que se le salvaria la vida, cuando es detenido y encerrado en un castillo de la Capadocia para morir de hambre y frio con los suyos (5).

Entretanto los sarracenos devastaban la Mesopotamia, los hunos la Tracia y los vándalos el Africa; hacíanse cada vez más feroces las facciones del circo, y los verdes de Antioquia asesinaron

(5) En su reinado un terrible incendio asoló á Constantinopla y consumió una biblioteca de 120,000 tomos.—CEDRENO, pág. 35. ZONARA, pág. 43. En el número de aquellos libros se encontraba un Homero escrito en letras de oro en un intestino de un dragon, cuya longitud era de 120 piés.

á gran número de hebreos. Fué el resultado de esto que habiéndose sublevado esta nacion en la Palestina, proclamó rey á un tal Yutuza, que degolló á muchos cristianos, hasta que su coronada testa fué mandada á Constantinopla. Entregado Zenon, príncipe de acicalado rostro, á las voluptuosidades y disputas teológicas, y encontrándose bien lejos de poder socorrer el imperio de Occidente, que á la sazón sucumbia, no sabia defender ni gobernar el suyo. Dejabase deshonrar por los escesos de su hijo, al cual costaron la vida sus desarreglos y tambien por los de sus hermanos Conon y Longinos, el uno sediento de sangre y el otro de Lujuria. Consistia su talento en reunir á su alrededor á Proclo, Marino, Damacio y otros filósofos paganos, para inquirir con ellos el porvenir, pasando tiempo que tuvo hasta que habiéndoseles acusado de querer apoderarse del trono para restablecer la idolatria, fueron condenados á muerte.

No cesaban entre tanto las herejías (482), sino que por el contrario se propagaba su veneno. Creyó Zenon reducir las á un eterno silencio publicando un edicto de union (*Henoticon*), en el cual prescribia el género de creencia. Prestaron su consentimiento los patriarcas de Constantinopla, de Alejandria y Antioquia; pero al papa Felix III, le pareció mal que un príncipe se erigiese en supremo juez en materias de fe. Obstínase Zenon, persigue á los obispos que le niegan adhesion y da principio un cisma que preludia la separacion de las dos iglesias griega y romana.

Multiplicó el descontento las rebeliones, pero fueron reprimidas por el patricio Illo, quien por este motivo se hizo odioso al pueblo, que le acusaba de herejía, y á los cortesanos, que solo le suponían ambicioso. La emperatriz viuda, Verina, trató de hacer que fuera asesinado (484); pero habiendo sido descubierta, quedó abandonada á su venganza y la confinó á Cilicia. La emperatriz Ariadna trató así mismo de perderle, pero tampoco pudo conseguirlo. Al ver Illo que este crimen quedaba impune, creyó cómplice á Zenon y recurrió personalmente á la rebeldía. Verina, libertada por él de su prision, llega á Antioquia y saluda á Leoncio con el titulo de emperador (485). Entonces circuló este edicto de soberbio estilo: «Verina augusta á nuestros prefectos y á nuestros pueblos, salud. Ya sabeis que á la muerte de Leon, nuestro esposo, elevamos al trono al isaurio Tarascaliseo, conocido hoy día por Zenon, con la esperanza de que él os hiciera felices. Pero su impiedad y avaricia han probado la necesidad de daros un príncipe más justo y religioso. Por estos motivos hemos coronado al muy piadoso Leoncio, á quien reconocereis por emperador de los romanos: el que se oponga á esto será considerado como rebelde.»

El godo Teodorico derrotó á los rebeldes. Verina murió (488), y Zenon pudo mirar sin espanto á Illo y á Leoncio cuando fueron espuestas sus cabezas al ludibrio del populacho bizantino.

Teodorico, v. 460—Aumentabase el poder de Teo-

dorico; descendía en grado décimo de Augis, uno de los Anso ó semidioses de los godos (6). Habia recobrado esta nacion su independencía á la caída de Atila. Poniéndose entonces Valamiro, Teodemiro y Vidimiro de la estirpe real de los Amalos, al frente de los ostrogodos, formaron establecimientos separados en la fértil Panonia. Prometió entonces Teodomiro la paz al emperador Leon, mediante un tributo de trescientas libras de oro, y le dió en rehenes á su hijo Teodorico, nacido dos años después de la muerte de Atila. Creció el vástago de los Amalos en Constantinopla, pasando de los ejercicios propios de su raza, á los entretenimientos de las personas instruidas. Aunque descuidase los estudios hasta el punto de no saber poner su nombre, ejercitaba sin embargo su entendimiento en el arte de gobernar y en las astucias de la política.

Queriendo conciliarse el emperador el afecto de los bárbaros por la generosidad y la confianza, dió libertad á Teodorico á la edad de diez y ocho años; el cual, habiendo muerto sus tíos, parecia que llegaria á ser el jefe de toda aquella belicosa nacion. Era digno de serlo por su elevada estatura, su paciencia en soportar las fatigas y por las victorias que consiguió cerca de Belgrado contra los sarmatas, á cuyo rey dió muerte (475).

Careciendo los ostrogodos de viveres y vestuarios, trataron de procurárselos penetrando en el territorio del imperio de Oriente para ofrecerle de grado ó por fuerza sus servicios, segun habian hecho otros muchos conciudadanos suyos. La primera demostracion fué de tal naturaleza, que el emperador quiso á cualquier precio comprar su tranquilidad. Confió á Teodorico, que acababa de suceder á su padre (7), la defensa del bajo Danubio (487), prodigándole, como señales de afecto ó de miedo el titulo de patricio y cónsul, una estatua ecuestre, el nombre de hijo, el mando de los soldados del palacio, varios millares de libras de oro y plata y la promesa de una mujer de elevado nacimiento con grandes riquezas.

La estremada condescendencia engendra el menosprecio, manifestando debilidad. Teodorico que habia sido el principal instrumento de que se habia servido Zenon para reconquistar y conservar su autoridad, comenzó á alegar sus pretenciones. Tal vez fué conducido á tal punto por los lazos que le tendia el receloso emperador, ó quizá por avaricia; pero más probablemente fué arrastrado por las necesidades insaciabiles de un pueblo como el suyo, que, desdeñando la agricultura y no viviendo más que de donativos, los consumia muy en breve, y pedia otros nuevos con voz terrible tanto á sus jefes como al enemigo. Derramados aquellos bárbaros desde el Bósforo al Adriático, reduciendo á

(6) JORNANDES, *De reb. geticis*, cap. 14.

(7) JORNANDES, *De reb. geticis*, cap. 52-56. MALCO, *Exc. de legal*, pág. 78-80.

cenizas ciudades florecientes de la Tracia, llevaron la crueldad hasta el punto de cortar la mano derecha a los aldeanos, á fin de que no pudieran manejar el arado.

Para dar distinto sesgo al torrente, la política mezquina de Constantinopla hace insinuar á Teodorico que asaltara á los godos triarios, mandados por otro Teodorico, sobrenombrado el Vizco. Se le habia prometido que en penetrando en la Mesia hallaría viveres en abundancia y un refuerzo de tropas imperiales. Pero al revés, se vió conducido á los desfiladeros del monte Soudis, donde le aguardaban á la vez las armas y las censuras de los triarios: «Desertor, le gritaban, traidor respecto de tus hermanos, vé á que te engañen los amaños de Roma, y á reducirte por ellos á no tener dinero ni caballos.» Conmovido Teodorico por tales discursos, hizo la paz con sus hermanos y abandonó á aliados desleales.

Tenian costumbre los godos de suspender una gran lanza á la entrada de la tienda real: cierto dia en que Teodorico el Vizco sale de la suya, se espanta su caballo y le tira sobre aquella lanza que le atraviesa: muere de su herida, y el ostrogodo Teodorico se encuentra á la cabeza de dos tribus. Viendo el imperio de Occidente más cercano el peligro, celebró con él un ignominioso tratado.

Si semejantes aliados pesaban á los bizantinos, Teodorico no se veia reducido de buen grado á hacer la guerra á los demás godos y á merecer las recriminaciones de los suyos, viviendo en la molicie en el seno de la corte griega. En su consecuencia, se presenta á Zenon y le dice: «Italia y Roma, vuestra herencia, se hallan en poder del bárbaro Odoacro; permitidme que vaya á espulsarle de allí. O sucumbiremos en nuestra empresa y os vereis libre de nuestra carga, ó saldré airoso, y me dejareis gobernar la parte del territorio que ponga bajo vuestra autoridad nuevamente.»

Como es fácil de imaginar, fué aceptada la propuesta al punto. Teodorico partió, pues, para Italia, donde le veremos fundar un hermoso reino en su propio nombre, y no en el del débil déspota bizantino.

Ariadna, hija de Verina y mujer de Zenon, es objeto de los elogios de algunos por sus suaves virtudes: fué, segun se dice, consuelo de su marido en el destierro, y puso un freno á sus venganzas á su vuelta. Otros la representan manchada con toda clase de delitos, hasta llegan á decir que hizo enterrar á su esposo cuando respiraba todavia y que habiendo vuelto en sí Zenon, gritó inútilmente pidiendo auxilio; por lo cual, al abrirse poco tiempo despues su sepulcro, se le encontró con las señales de la desesperacion más terrible.

**Anastasio I.**—Anastasio (491), silencioso del palacio, de edad de sesenta años, estaba á punto de ocupar la silla patriarcal de Antioquia, cuando habiendo quedado viuda Ariadna, le eligió por esposo y le ascendió al trono. Tal era la reputacion de virtud del nuevo emperador, que el pueblo le

saludó clamando: *Reina como has vivido.* Empezó por extinguir todos los débitos al tesoro que habian acumulado las exorbitantes contribuciones impuestas por Zenon; espulsó á los delatores; hizo cesar el tráfico de los empleos que su predecesor habia establecido; abolió el *crisargirio*, impuesto exigido, cada quinquenio, sobre todo el que ejercia un oficio de que sacaba provecho, comprendiendo en este número hasta los mendigos y las prostitutas. Denominabase este impuesto el oro de la afliccion, porque para satisfacerle se veian obligados algunos á vender sus propios hijos.

Los isaurios á quienes el favor de que habian sido objeto en el anterior reinado, hizo poco sumisos, eligieron por jefe á un tal Longinos (492); empezaron una guerra civil, y armaron hasta ciento cincuenta mil hombres; derrotados en Frigia, buscaron refugio en los inaccesibles montes de la Isauria, donde se mantuvieron durante el trascurso de seis años: al cabo de los cuales fueron cogidos sus jefes y condenados á muerte.

Tambien inquietaron los búlgaros á Anastasio, quien no obstante los rechazó hasta más allá del Danubio. Menos venturoso fué peleando contra los persas, de quienes compró la paz al precio de 11,000 libras de oro, y contra los godos de Teodorico, que le derrotaron, si bien se vengó de ellos enviando á talar las costas de la Calabria. Del mismo modo tentaron los hérulos con las armas en la mano introducirse en la Tracia: penetraron los getas en la Iliria, y se adelantaron hasta Adriánopolis: otros godos llegaron desde las orillas del Danubio á insultar á Constantinopla.

**Muralla de Anastasio.**—Entonces Anastasio para poner á cubierto la capital contra las incursiones repentinas, así como Selivrea y las magnificas casas de recreo y los deliciosos jardines de las cercanias, hizo construir desde la Propóntide al Euxino, á doscientos ochenta estadios de la ciudad, una muralla de una longitud de cuatrocientos veinte estadios y de veinte pies de anchura, con torres de trecho en trecho.

A pesar de todo, no tardó en acreditar Anastasio una mezcla de crueldad y benignidad, de prodigalidad y de avaricia, de cobardia y de audacia, de persecucion y de tolerancia. Hasta tal punto llegaron las cosas, que descontento el pueblo se sublevó y entregó á las llamas el magnifico edificio del hipódromo. Otra ocasion de desórdenes fueron los espectáculos del circo, y Constantinopla vió á los verdes, que habian ocultado piedras y dagas en cestas de frutas, asesinar á tres mil azules enmedio de una fiesta.

Entonces nuevas sutilezas arrastraban á los griegos á nuevas heregias. Habia costumbre de cantar en las iglesias el trisagio, esto es, *Santo, Santo, Santo, es el Señor de los ejércitos*, cuando á los de Antioquia les ocurrió añadir, *que fué crucificado por nosotros.* Parecióles á otros que era una heregia decir de toda la Trinidad lo que no convenia más que á una sola persona. Cierta dia, habiendo

cantado dos coros á toda voz, cada uno de una manera distinta el trisagio en una iglesia de Constantinopla, se pasaron á las injurias, á darse de palos y á tirarse piedras; y corrió la sangre por la ciudad, donde llegó á su colmo el tumulto. Posteriormente las escuelas se pusieron á disputar de una manera menos homicida, aunque más obstinada, acerca de averiguar si se puede decir que espiró en la cruz una de las personas de la Trinidad.

Cuando Anastasio no era más que simple particular, se habia mostrado inclinado á las doctrinas de Eutiquio: de modo que negóse el patriarca Eufemio á consagrarle, si antes no se comprometia á rechazar la heregia y á conformarse con las decisiones del concilio de Calcedonia. Desde aquel momento tomó partido por los disidentes, espulsó al patriarca Macedonio y le sustituyó con Timoteo: entonces acudieron desde Siria veinte mil monges contra el nuevo prelado (513). No bastan á apagar aquella furia la sangre de diez mil hombres y el incendio de gran número de casas: desplégase el estandarte de la rebelion en la Mesia, en la Escitia y en otras partes: el escita Vitaliano, maestro de la milicia auxiliar, abraza la causa de los prelados ortodoxos y se adelanta contra la ciudad con numerosas tropas. Iba á apoderarse de ella á viva fuerza, á pesar de la nueva muralla, si el físico ateniense Proclo no hubiera renovado los prodigios de Arquimedes para incendiar sus naves. Enmedio del desorden causado por aquel suceso imprevisto, hacen los sitiados una salida y dispersan al ejército enemigo, finalmente, el emperador promete cesar en todas las persecuciones, restablecer á Macedonio y conformarse con lo que decidiera un nuevo concilio. Pero apenas se vió desembarazado de sus enemigos, empezó á perseguir de nuevo: cuéntase que solo en Siria fueron estrangulados trescientos cincuenta monjes, en virtud de su fidelidad á los principios canónicos del concilio de Calcedonia, á la par que otros, bajo la direccion de Severo, salian á centenares de su claustro para propagar errores y sutilezas.

Por último, hallóse á Anastasio muerto (518) en su cama á la edad de ochenta y ocho años: habia reinado veinte y siete, siendo tan aborrecido al fin como habia sido amado al principio.

Ninguno de sus tres sobrinos pareció digno de sucederle; pero el eunuco Amancio que gobernaba el imperio en los últimos años, intrigó á fin de que el patricio Teócrito fuera elegido; para ganar á los senadores, al pueblo y á los soldados, envió sumas considerables á Justino, soldado de fortuna, de baja extraccion, nacido en la Tracia, y ascendido por su valor á prefecto del pretorio.

**Justino el viejo.**—Pero este compró para sí los votos de los soldados y fué proclamado por ellos. Algunos deudos de Anastasio pagaron con su vida la tentativa que hicieron en contra suya; y Vitaliano, que probó con una segunda rebelion (520) que el amor de la fé no le habia impulsado únicamente á la primera, fué degollado en la mesa imperial.

Ni aun siquiera sabia escribir Justino, porque no se habia empleado en más oficio que en cuidar baños, hasta el instante en que la pobreza y su valor le determinaron á buscar fortuna en los ejércitos. De mediano talento, si bien fecundo en recursos, creyente ortodoxo y administrador prudente, mantuvo la tranquilidad en la metrópoli, y defendió las fronteras contra los búlgaros y los hunos. Antioquia y otras ciudades devastadas por terremotos le proporcionaron dar una prueba del dolor que experimentaba por ello, deponiendo las insignias imperiales, y de su compasion hacia los habitantes prodigándoles generosos socorros.

Cansado del cisma gritaba á su obispo el pueblo: «¡Viva muchos años el patriarca! ¡Viva el emperador! ¡Viva la emperatriz! ¿Por qué continuamos todavia escomulgados? ¿Por qué no podemos recibir la comunión de tu mano? Sube al púlpito y persuade á tus oyentes. Tú eres católico, el emperador es católico, ¿qué temes? Espulsa al maniqueo Severo; sean dispersados los huesos de los que profesan sus doctrinas; publíquese el santo concilio: la fé en la Trinidad es victoriosa. ¡Viva el emperador! ¡Viva la emperatriz!» No quiso retirarse la muchedumbre hasta que se anunciara públicamente la fiesta del concilio de Calcedonia. Dióle su aprobacion el emperador, hizo condenar á los sectarios de Eutiquio, y reconcilió á Constantinopla con Roma despues de treinta y cuatro años de separacion.